

Fernando Prado Ayuso

El rosario

Orar con María
en tiempos de pandemia



Fernando Prado Ayuso

EL ROSARIO
Orar con María
en tiempos de pandemia



PUBLICACIONES
CLARETIANAS

“El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio o procedimiento, comprendida la reprografía y el tratamiento informático, sin la preceptiva autorización”



El rosario

© Publicaciones Claretianas, 2020

2ª edición: 2021

Juan Álvarez Mendizábal, 65 dpdo., 3º

28008 Madrid

Tel.: 915 401 267

Fax: 915 400 066

<http://www.publicacionesclaretianas.com>

Correo-e: publicaciones@publicacionesclaretianas.com

comercial@publicacionesclaretianas.com

ISBN: 978-84-7966-719-1

Depósito Legal: M-11975-2020

Impreso en España - Printed in Spain

Imprime: Estugraf

«A la Virgen María se la comprende siempre unida con el Hijo en la obra de la salvación y “sigue procurándonos con su múltiple intercesión los dones de la salvación... Por eso es invocada en la Iglesia con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora (Lumen gentium, 62)”».

INTRODUCCIÓN

El mes de mayo es un mes importante para la piedad del pueblo fiel de Dios. Es un tiempo en el que año tras año, se manifiesta con particular intensidad el amor filial y la devoción entrañable de las gentes a la Virgen María. La piedad de la Iglesia hacia la Virgen María –nos dijo el papa Pablo VI– «es un elemento intrínseco del culto cristiano». Es el corazón el que quiere tener siempre presente y en la viva memoria a quien es para nosotros Madre de Dios y madre nuestra.

«Cristo es el único camino al Padre, el modelo supremo al que el discípulo ha de conformar la propia conducta, hasta lograr tener sus mismos sentimientos, vivir de su vida y poseer su Espíritu; esto es lo que la Iglesia ha enseñado en todo tiempo, y nada en la acción pastoral de la Iglesia ha de oscurecer esta doctrina. Sin embargo, la Iglesia, guiada por el Espíritu Santo y amaestrada por una experiencia secular, reconoce que también la piedad a la Santísima Virgen, de modo subordinado a la piedad hacia el Salvador y en conexión con ella, tiene una gran eficacia pastoral y constituye una fuerza renovadora de la vida cristiana» (*Marialis cultus*, 57).

En muchos lugares del mundo, durante este mes dedicado a María es también tradición rezar el rosario en casa, en fa-

milia, en el seno de lo que sabemos es la primera Iglesia, la Iglesia doméstica. Así nos invita a hacerlo también este año, especialmente el papa Francisco.

Vivimos una circunstancia muy especial. La pandemia por covid-19 sigue marcando el centro de nuestros días. Rezar el rosario en este momento histórico nos ayudará, sin duda, a vivir esta circunstancia con hondura cristiana y con serenidad creyente. Este sencillo libro quiere ser una ayuda para ello, un modo de acompañar la respuesta a la invitación que nos hace el Sucesor de Pedro.

No hace falta complicarse mucho para rezar el rosario. La sencillez es «el mejor secreto para hacerlo», nos ha dicho Francisco. Lo importante es tener claro que la oración es un tiempo que dedicamos

a Dios y nos ayuda a mantener nuestra conexión profunda con Él.

La oración nos sostiene en los momentos de dificultad y nos hace a todos sentirnos más hijos y más hermanos. Rezar nos transforma, nos hace mejores. Orando, el pueblo de Dios fortalece su fe, reaviva la esperanza y se siente estimulado en la caridad. Orar juntos, al amparo de María, nos hace sentirnos unidos en las tribulaciones y nos anima en la construcción de un mundo nuevo y mejor.

Sin duda, la devoción a María forma parte de la identidad más profunda de los seguidores de Jesús. Es lo que queremos experimentar bajo el amparo de María. Contemplar juntos el rostro de Cristo con el corazón de María, nuestra Madre, nos une a los cristianos como familia es-

piritual y realmente nos hermana en toda necesidad.

Sabemos que, aunque lo hagamos por mediación de María, la oración siempre es una oración dirigida al corazón de Dios nuestro Padre, tal y como nos lo enseñó Jesús. Un padre que nos hace a todos hermanos. Así lo ha dicho en múltiples ocasiones el papa Francisco. «¿Acaso es un padre solamente mío?» –se preguntaba en una homilía–. Y respondía: «No, es el Padre nuestro, porque yo no soy hijo único. Ninguno de nosotros lo es. Y si no puedo ser hermano, difícilmente puedo llegar a ser hijo de este Padre, porque es un Padre, con certeza, mío, pero también de los demás, de mis hermanos»¹.

¹ Homilía en Santa Marta, 20 de junio de 2013.

La pandemia por covid-19 está provocando mucho dolor y está dejando muchos corazones heridos por diferentes razones. Algunos han perdido el trabajo y la seguridad de los ingresos necesarios para sus familias, otros han perdido para siempre a seres muy queridos, en circunstancias muy dolorosas, viéndose obligados incluso a vivir el duelo en soledad. Las circunstancias de confinamiento y las dificultades de todo tipo también han roto la paz en el seno de no pocas familias que están siendo desafiadas en la armonía y en la esperanza.

Orar con María en el mes de mayo tendrá, sin duda, una resonancia especial para todos nosotros en estas circunstancias. Lo hacemos unidos a las intenciones del Papa, sintiendo con la Iglesia.

Como un bálsamo en el corazón, la oración sencilla y verdadera atraerá para nosotros el consuelo y la paz que nos vienen de Dios. María, la Madre, nos hará sentir con su maternal ternura el sosiego del corazón que necesitamos, al sabernos unidos en una gran fraternidad humana bajo su amparo. A su vez, la oración será motor de un mundo nuevo siempre en marcha y hará mejores nuestras relaciones.

No dejes de difundir este libro por todos los medios posibles. Las redes sociales y las tecnologías ahora son también para nosotros grandes aliadas para compartir la fe. Este libro puede hacer mucho bien a miles de personas en todo el mundo. Ojalá así sea y llegue a las periferias.

Fernando Prado Ayuso, CMF
Publicaciones Claretianas

ORAR CON MARÍA

Para la Iglesia, María es *modelo* de la fe y de la caridad. Pero es mucho más aún. Desde el comienzo de la Iglesia, la Virgen María ha sido venerada, generación tras generación, como *Madre de Dios y madre nuestra*.

Francisco nos ha dicho que «*Cristo nos lleva a María, porque no quiere que caminemos sin una Madre*» (*Evangelii gaudium* [EG], 285). La Virgen María, ciertamente, es honrada con un *culto especial*. Desde los tiempos más antiguos se *venera* a la Santa Virgen con un culto del todo singular, «esencialmente diferente del culto

de adoración que se da al Verbo encarnado, lo mismo que al Padre y al Espíritu Santo» (*Catecismo*, 971).

De ella decimos que es, sobre todo, Madre, como lo es también la Iglesia para todos sus hijos, y, en las *Letanías lauretanas*, generación tras generación, reconocemos su especial intercesión como *salud de los enfermos, refugio de los pecadores, consuelo de los afligidos, auxilio de los cristianos...* y tantas otras cosas más. El pueblo de Dios siente a María, sin duda, como madre cercana y llena de ternura, preocupada siempre por sus hijos. Para resaltar su maternidad y cuidado, el papa Francisco ha decretado que la memoria de «María, Madre de la Iglesia» sea inscrita también en el calendario litúrgico y celebrada cada año el lunes después de Pentecostés.

EL ROSARIO

«El rosario es la oración
que acompaña siempre mi vida;
también es la oración de los sencillos
y de los santos...
es la oración de mi corazón»
(Papa Francisco).

El amor a la Virgen María es, sin duda, una dimensión entrañable de la vida cristiana que se ha expresado siempre en múltiples formas y devociones populares. Entre ellas destaca muy particularmente, desde los tiempos de Santo Domingo de Guzmán (1170-1221), el santo rosario. Sin duda, es una oración sencilla y profunda, por su densidad de contenido evangé-

lico y con gran raigambre en el pueblo de Dios.

La esencia del rosario no es —propia-mente hablando— la recitación de los cincuenta Avemarías, con los cinco Padrenuestros. La esencia del rosario es, sobre todo, la contemplación amorosa, con el alma y con los ojos de María, de los misterios de nuestra salvación. Es decir, de los misterios de la Encarnación, Vida, Pasión, Muerte y Resurrección del Señor y del Envío del Espíritu Santo que funda la Iglesia en Pentecostés.

Al rezar el rosario, pidamos fielmente a María, nuestra Madre, que nos preste sus ojos y su Corazón. Dirijámonos a Ella para que nos centre del todo en Jesús. María tuvo una parte decisiva en todos y cada uno de esos misterios que recorre-

mos en el rosario. Nadie los vivió como Ella. Nadie comulgó tan perfectamente con su Hijo, reviviendo en sí misma los sentimientos de su alma y de su corazón. Por eso, nadie como ella nos puede ayudar a contemplar amorosamente los mismos misterios.

Juan Pablo II, en su carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae* presentó el rosario como un verdadero «compendio del Evangelio» (RVM 18), como un itinerario de gran riqueza cristológica y vivencial. Y, con la intención de abarcar más plena y explícitamente el Misterio y la Vida de Cristo, propuso lo que él llamó una «incorporación oportuna», añadiendo a los tradicionales misterios, los misterios de Luz o «misterios luminosos». De esta manera, nos invitó a renovar el interés

y recuperar en la espiritualidad cristiana esta oración que es una verdadera introducción a la profundidad del corazón de Cristo, «abismo de gozo y de luz, de dolor y gloria» (RVM 9).

LOS MISTERIOS DEL ROSARIO

Los misterios del rosario se agrupan, como sabemos, en esos ciclos de gozo, luz, dolor y gloria. Cada día de la semana podemos centrar nuestro interés en uno de ellos y realizar así nuestra oración.

Misterios gozosos

El primer ciclo, el de los «misterios gozosos» se caracteriza propiamente por el gozo que produce el acontecimiento de la Encarnación. Esto es evidente desde la anunciación, cuando el saludo de Gabriel a la Virgen se une a la invitación a la alegría mesiánica: «Alégrate, María». A este anuncio apunta la historia de la salvación; es más, en cierto modo, toda la historia misma del mundo. Toda la humanidad

está como implicada en el *fiat* con el que María responde generosa y prontamente a la voluntad de Dios.

La alegría y el gozo se perciben en la escena del encuentro con Isabel, donde la voz de María y la presencia de Cristo en su seno hacen «saltar de alegría» a Juan (cf. Lc 1,44). Repleta de gozo es la escena de Belén, donde el nacimiento del Niño Dios, el Salvador del mundo, es cantado por los ángeles y anunciado a los pastores como «una gran alegría para todo el pueblo» (Lc 2,10).

Pero los dos últimos de estos misterios gozosos, aun conservando el sabor de la alegría, anticipan de alguna manera ya el drama. La presentación en el templo, a la vez que expresa la dicha de la consagración y alegra el corazón del anciano

Simeón, contiene también la profecía de que el Niño será «señal de contradicción» para Israel y de que una espada traspasará el alma de la Madre (cf. Lc 2,34-35).

Gozoso y dramático es, al mismo tiempo, el episodio de Jesús con doce años en el templo. Aparece con su sabiduría divina mientras escucha y pregunta, ejerciendo sustancialmente el papel de quien «enseña». La revelación de su misterio de Hijo, dedicado enteramente a las cosas del Padre, anuncia aquella radicalidad evangélica que, ante las exigencias del Reino, cuestiona hasta los más profundos lazos de afecto humano.

Meditar los misterios gozosos significa adentrarse en los motivos últimos de la alegría cristiana en su sentido más profundo. María nos ayuda a aprender el

secreto de la alegría cristiana, recordándonos que «el cristianismo es, ante todo, *evangelion* (Buena Noticia), que tiene su centro o, mejor dicho, su contenido mismo, en la persona de Cristo, el Verbo hecho carne, único Salvador del Mundo». (RVM 20) En estos tiempos difíciles de *coronavirus*, meditar estos misterios nos ayudará a no dejar que la oscuridad del dolor y de la muerte nos roben la alegría profunda del Evangelio. Es la alegría de los que creemos en la vida traspasada por la luz del Resucitado, que nos acompaña en el camino de la vida y está siempre con nosotros.

Misterios luminosos

Pasando de la infancia y de la vida de Nazaret a la vida pública de Jesús, la con-

templación nos lleva a los misterios que se pueden llamar de manera especial «misterios de luz». En realidad, todo el misterio de Cristo es luz. Él es la «luz del mundo» (Jn 8,12). Pero esta dimensión se manifiesta, sobre todo, en los años de la vida pública, cuando anuncia el evangelio del Reino. Cada uno de los misterios luminosos refleja el Reino ya presente en la persona misma de Jesús.

Excepto en el de Caná, en estos misterios la presencia de María queda en el trasfondo. Los evangelios apenas insinúan su eventual presencia en algún que otro momento de la predicación de Jesús (cf. Mc 3,31-35; Jn 2,12) y nada dicen sobre su presencia en el Cenáculo en el momento de la institución de la Eucaristía. Pero, de algún modo, el cometido que desempeña

María en Caná acompaña toda la misión de Cristo.

La revelación, que en el bautismo en el Jordán proviene directamente del Padre y ha resonado en el Bautista, aparece también en labios de María en Caná y se convierte en su gran invitación materna dirigida a la Iglesia de todos los tiempos: «Haced lo que él os diga» (Jn 2,5). Es una exhortación que introduce muy bien las palabras y signos de Cristo durante su vida pública, siendo como el telón de fondo mariano de todos los misterios de luz (cf. RVM 21).

En estos misterios contemplamos aspectos importantes de la persona de Cristo como revelador definitivo de Dios. Él es quien, declarado Hijo predilecto del Padre en el Bautismo en el Jordán, anun-

cia la llegada del Reino, dando testimonio de él con sus obras y proclamando sus exigencias. Durante la vida pública es cuando el misterio de Cristo se manifiesta de manera especial como misterio de luz: «Mientras estoy en el mundo, soy luz del mundo» (Jn 9,5).

Orar los misterios luminosos en este trance de la pandemia por covid-19 nos ayuda, sin duda, a no ceder a la oscuridad. En la vida pública de Jesús descubrimos la fuerza del Espíritu Santo que nos habita y es, para los creyentes, fuerza de Dios en nosotros, como lo fue en la vida de Jesús. «Hacer lo que Él nos diga» es una invitación a vivir con su confianza, a tener sus mismos sentimientos hacia el Padre y hacia los hermanos, a creer que

Dios guía los pasos de nuestra historia y nunca nos abandona.

Misterios dolorosos

Los evangelios dan gran relieve a los misterios del dolor de Cristo. La piedad cristiana, especialmente en la Cuaresma, con la práctica del *Viacrucis*, se ha detenido siempre sobre cada uno de los momentos de la Pasión, intuyendo que ellos son el culmen de la revelación del amor y la fuente de nuestra salvación.

El rosario escoge algunos de estos momentos, invitando al orante a fijar en ellos la mirada de su corazón y a revivirlos. El itinerario meditativo se abre con Getsemaní, donde Cristo vive un momento particularmente angustioso frente

a la voluntad del Padre, contra la cual la debilidad de la carne se sentiría inclinada a rebelarse. Allí, Cristo se pone en lugar de todas las tentaciones de la humanidad y frente a todos los pecados de los hombres, para decirle al Padre: «No se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lc, 22,42 par.). Este «sí» suyo cambia toda la historia.

En el oprobio de sus misterios de pasión (flagelación, coronación de espinas, subida al Calvario y muerte en cruz) se revela el amor de Dios y el sentido mismo del hombre. Quien quiera conoce al hombre, que mire a Cristo. *Ecce homo* («He aquí al hombre»). Los misterios de dolor llevan al creyente a revivir la muerte de Jesús poniéndose al pie de la cruz junto a María, para penetrar con ella en la

inmensidad del amor de Dios al hombre y sentir toda su fuerza regeneradora.

Fijemos especialmente los ojos en el Señor, que acompaña en sus misterios de dolor los dolores de toda la humanidad, sufriente en este momento por la pandemia, por la muerte de tantos seres queridos y por no poder siquiera despedirnos de los nuestros con normalidad. En el dolor de Cristo, al rezar, confiamos al Señor que sea redentor de tanto dolor y sufrimiento causado por esta pandemia.

Misterios gloriosos

La contemplación del rostro de Cristo no puede reducirse a su imagen de crucificado. ¡Él es el Resucitado! El rosario ha expresado siempre esta convicción de fe,

invitando al creyente a superar la oscuridad de la Pasión para fijarse en la gloria de Cristo en su resurrección y en su ascensión.

Contemplando al Resucitado, el cristiano descubre de nuevo las razones de la propia fe (cf. 1Co 15,14), y revive la alegría no solamente de aquellos a los que Cristo se manifestó –los apóstoles, la Magdalena, los discípulos de Emaús–, sino también el gozo de María, que experimentó de modo intenso la nueva vida del Hijo glorificado.

A esta gloria, que con la Ascensión pone a Cristo a la derecha del Padre, sería elevada Ella misma con la Asunción, anticipando así el destino reservado para todos. Al fin, coronada de gloria –como aparece en el último misterio glorioso–,

María resplandece como Reina de los ángeles y los santos, anticipación y culmen de la condición escatológica de la Iglesia.

En el centro de este itinerario de gloria del Hijo y de la Madre, el rosario considera, en el tercer misterio glorioso, Pentecostés. Este misterio muestra el rostro de la Iglesia como familia reunida con María, avivada por la efusión del Espíritu y dispuesta para la misión evangelizadora. La contemplación de éste, como de los otros misterios gloriosos, ha de llevar a los creyentes a tomar conciencia cada vez más viva de su nueva vida en Cristo.

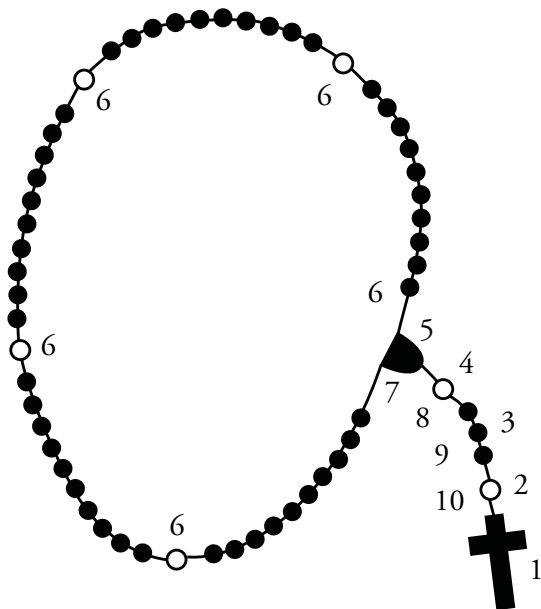
Los misterios gloriosos alimentan en los creyentes la esperanza en la meta escatológica hacia la cual nos encaminamos como miembros del pueblo de Dios peregrino en la historia. Esto nos impulsa

necesariamente a dar testimonio de aquel «gozoso anuncio» que da sentido a nuestra vida.

En estos difíciles momentos, precisamente, en medio de tanto dolor y dificultad, la alegría y la esperanza de los creyentes puede convertirse en testimonio para tantos hombres y mujeres que buscan una respuesta que llene sus vidas de un sentido pleno. El rosario nos adentra en estos misterios de gozo y nos lleva a vivir la vida con un vigor y una fuerza renovados.

CÓMO REZAR EL ROSARIO

(Te proponemos este sencillo y clásico esquema. Al final, concluye el rezo del rosario con una de las oraciones propuestas por el papa Francisco)



1. Por la señal de la Santa Cruz...
2. Acto de contrición.
3. Padrenuestro, Avemaría y Gloria.
4. Indica la intención por la que ofreces el rezo del rosario.
5. Enuncia los misterios correspondientes del día (gozosos, luminosos, dolorosos o gloriosos).
6. Comienzan los cinco misterios. Enuncia cada misterio seguido de la breve lectura bíblica, y reza un Padrenuestro, diez Avemarías y el Gloria por cada uno.
7. Acabados los cinco misterios del día, reza la jaculatoria:
María, Madre de gracia, madre de misericordia, defiéndenos de nuestros enemigos y ampáranos ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.
8. Letanías de la Virgen.
9. Oración por las intenciones del Papa:
Padrenuestro, Avemaría y Gloria.
10. Salve y oración final.

MISTERIOS DEL SANTO ROSARIO

Misterios gozosos (lunes y sábado)

1. LA ENCARNACIÓN DEL HIJO DE DIOS

María le respondió al ángel: «Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38).

2. LA VISITACIÓN DE MARÍA A ISABEL

Entonces, con voz muy fuerte, dijo Isabel: «¡Dios te ha bendecido más que a todas las mujeres, y ha bendecido a tu hijo!» (Lc 1,42).

3. EL NACIMIENTO DEL HIJO DE DIOS EN BELÉN

Allí nació su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales y lo acostó en el pesebre, porque no había alojamiento para ellos en el mesón (Lc 2,7).

4. LA PRESENTACIÓN DE JESÚS EN EL TEMPLO

Simeón lo tomó en brazos, y alabó a Dios diciendo: «Ahora, Señor, tu promesa está cumplida, porque he visto la salvación que has comenzado a realizar» (Lc 2,27-31).

5. EL NIÑO JESÚS PERDIDO Y HALLADO EN EL TEMPLO

Jesús les contestó: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabéis que tengo que ocuparme en las cosas de mi Padre?» (Lc 2,49).

Misterios luminosos (jueves)

I. EL BAUTISMO DE JESÚS EN EL JORDÁN

En esto el cielo se abrió, y Jesús vio que el Espíritu de Dios bajaba sobre él como una paloma. Y se oyó una voz del cielo, que decía: «Este es mi Hijo amado, a quien he elegido» (Mt 3,16-17).

2. LA MANIFESTACIÓN DE JESÚS EN LAS BODAS DE CANÁ

Dijo María a los que estaban sirviendo:
«Haced lo que él os diga» (Jn 2,5).

3. EL ANUNCIO DEL REINO DE DIOS

Jesús fue a Galilea a anunciar las buenas
noticias de parte de Dios (Mt 1,14).

4. LA TRANSFIGURACIÓN

Mientras oraba, cambió el aspecto de
su rostro y sus ropas se volvieron muy
blancas y brillantes (Lc 9,29).

5. LA INSTITUCIÓN DE LA EUCARISTÍA

Mientras cenaban, Jesús tomó en sus
manos el pan, y habiendo dado gracias
a Dios lo partió y se lo dio a los discipu-
los, diciendo: «Tomad, comed, esto es mi
cuerpo» (Mt 26,26).

Misterios dolorosos (martes y viernes)

1. LA ORACIÓN DE JESÚS EN EL HUERTO

Y adelantándose unos pasos, se inclinó hasta el suelo y oró, diciendo: «Padre mío, si es posible, líbrame de esta copa amarga pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú» (Mt 26,39).

2. LA FLAGELACIÓN DE JESÚS

Entonces Pilato puso en libertad a Barrabás; luego mandó azotar a Jesús y lo entregó para que lo crucificaran (Mt 27,26).

3. LA CORONACIÓN DE ESPINAS

Le quitaron la ropa, le vistieron con una capa púrpura y le pusieron en la cabeza una corona hecha de espinas y una vara en la mano derecha (Mt 27,28-29).

4. JESÚS CON LA CRUZ A CUESTAS

Jesús, llevando su cruz, salió para ir al llamado «Lugar de la Calavera» (Jn 19,17).

5. CRUCIFIXIÓN Y MUERTE DE JESÚS

Jesús bebió el vino agrio y dijo: «Todo está cumplido». Luego inclinó la cabeza y murió (Jn 19,30).

Misterios gloriosos (miércoles y domingo)

I. LA RESURRECCIÓN DEL HIJO DE DIOS

El ángel dijo a las mujeres: «No os asustéis. Sé que estáis buscando a Jesús, el crucificado, pero no está aquí; ha resucitado, como dijo» (Mt 28,5-6).

2. LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR A LOS CIELOS

Después de hablarles, el Señor Jesús fue elevado al cielo y se sentó a la derecha de Dios (Mt 16,19).

3. LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO
SOBRE LOS APÓSTOLES

«Yo pediré al Padre que os envíe otro defensor, el Espíritu de la verdad, para que esté siempre con vosotros» (Jn 14,16).

4. LA ASUNCIÓN DE MARÍA A LOS CIELOS

«¿Quién es ésta que se asoma como el sol en la mañana? Es hermosa como la luna, radiante como el sol» (Cnt 6,10).

5. LA CORONACIÓN DE LA VIRGEN

Apareció en el cielo una gran señal: una mujer envuelta en el sol como en un vestido, con la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas en la cabeza (Ap 12,1).

LETANÍAS DE LA VIRGEN

Señor, ten piedad	<i>Señor, ten piedad</i>
Cristo, ten piedad	<i>Cristo, ten piedad</i>
Señor, ten piedad	<i>Señor, ten piedad</i>

Cristo, óyenos	<i>Cristo, óyenos</i>
Cristo, escúchanos	<i>Cristo, escúchanos</i>

Dios, Padre celestial,	<i>Ten piedad de nosotros</i>
Dios Hijo, Redentor del mundo,	“
Dios, Espíritu Santo,	“
Santísima Trinidad, un solo Dios	“

Santa María	<i>Ruega por nosotros</i>
Santa Madre de Dios,	“
Virgen de las Vírgenes,	“
Madre de Cristo,	“
Madre de la Iglesia,	“
Madre de misericordia	“
Madre de la divina gracia,	“
Madre de la esperanza	“

Madre purísima,	<i>Ruega por nosotros</i>
Madre castísima,	“
Madre siempre virgen,	“
Madre inmaculada,	“
Madre amable,	“
Madre admirable,	“
Madre del buen consejo,	“
Madre del Creador,	“
Madre del Salvador,	“
Madre de misericordia,	“
Virgen prudentísima,	“
Virgen digna de veneración,	“
Virgen digna de alabanza,	“
Virgen poderosa,	“
Virgen clemente,	“
Virgen fiel,	“
Espejo de justicia,	“
Trono de la sabiduría,	“
Causa de nuestra alegría,	“
Vaso espiritual,	“
Vaso digno de honor,	“
Vaso de insigne devoción,	“

Rosa mística,	<i>Ruega por nosotros</i>
Torre de David,	“
Torre de marfil,	“
Casa de oro,	“
Arca de la Alianza,	“
Puerta del cielo,	“
Estrella de la mañana,	“
Salud de los enfermos,	“
Refugio de los pecadores,	“
Consuelo de los migrantes	“
Consuelo de los afligidos,	“
Auxilio de los cristianos,	“
Reina de los Ángeles,	“
Reina de los Patriarcas,	“
Reina de los Profetas,	“
Reina de los Apóstoles,	“
Reina de los Mártires,	“
Reina de los Confesores,	“
Reina de las Vírgenes,	“
Reina de todos los Santos,	“
Reina concebida sin pecado original,	“
Reina asunta a los cielos,	“

Reina del santísimo rosario, *Ruega por nosotros*
Reina de la familia, “
Reina de la paz. “

Cordero de Dios,
que quitas el pecado del mundo
perdónanos, Señor.

Cordero de Dios,
que quitas el pecado del mundo
escúchanos, Señor.

Cordero de Dios,
que quitas el pecado del mundo
ten misericordia de nosotros.

Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios
para que seamos dignos de alcanzar
las promesas de Nuestro Señor Jesucristo.

ORACIONES FINALES
PROPUESTAS POR EL PAPA FRANCISCO

Oración 1

Oh María,
tú resplandeces siempre en nuestro camino
como un signo de salvación y esperanza.

A ti nos encomendamos,
Salud de los enfermos,
que al pie de la cruz
fuiste asociada al dolor de Jesús,
manteniendo firme tu fe.

Tú, Salvación de nuestro pueblo,
sabes lo que necesitamos
y estamos seguros de que lo concederás
para que, como en Caná de Galilea,
vuelvan la alegría y la fiesta
después de esta prueba.

Ayúdanos, Madre del Divino Amor,
a conformarnos a la voluntad del Padre
y hacer lo que Jesús nos dirá,
Él, que tomó nuestro sufrimiento
sobre sí mismo
y se cargó de nuestros dolores
para guiarnos a través de la cruz,
a la alegría de la resurrección. Amén.

Bajo tu amparo nos acogemos,
Santa Madre de Dios,
no desprecies nuestras súplicas
en las necesidades,
antes bien líbranos de todo peligro,
oh Virgen gloriosa y bendita.

Oración 2

«Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios».

En la dramática situación actual, llena de sufrimientos y angustias que oprimen al mundo entero, acudimos a ti, Madre de Dios y Madre nuestra, y buscamos refugio bajo tu protección.

Oh Virgen María, vuelve a nosotros tus ojos misericordiosos en esta pandemia de coronavirus, y consuela a los que se encuentran confundidos y lloran por la pérdida de sus seres queridos, a veces sepultados de un modo que hiere el alma. Sostén a aquellos que están angustiados porque, para evitar el contagio, no pueden estar cerca de las personas enfermas. Infunde confianza a quienes viven en el temor de un futuro incierto y de las consecuencias en la economía y en el trabajo.

Madre de Dios y Madre nuestra, implora al Padre de misericordia que esta dura prueba termine y que volvamos a encontrar un horizonte de esperanza y de paz. Como en Caná, intercede ante tu Divino Hijo, pidiéndole que consuele a las familias de los enfermos y de las víctimas, y que abra sus corazones a la esperanza.

Protege a los médicos, a los enfermeros, al personal sanitario, a los voluntarios que en este periodo de emergencia combaten en primera línea y arriesgan sus vidas para salvar otras vidas. Acompaña su heroico esfuerzo y concédeles fuerza, bondad y salud.

Permanece junto a quienes asisten, noche y día, a los enfermos, y a los sacerdotes que, con solicitud pastoral y compromiso evangélico, tratan de ayudar y sostener a todos.

Virgen Santa, ilumina las mentes de los hombres y mujeres de ciencia, para que en-

cuentren las soluciones adecuadas y se venza este virus.

Asiste a los líderes de las naciones, para que actúen con sabiduría, diligencia y generosidad, socorriendo a los que carecen de lo necesario para vivir, planificando soluciones sociales y económicas de largo alcance y con un espíritu de solidaridad.

Santa María, toca las conciencias para que las grandes sumas de dinero utilizadas en la incrementación y en el perfeccionamiento de armamentos sean destinadas a promover estudios adecuados para la prevención de futuras catástrofes similares.

Madre amantísima, acrecienta en el mundo el sentido de pertenencia a una única y gran familia, tomando conciencia del vínculo que nos une a todos, para que, con un espíritu fraterno y solidario, salgamos en ayuda de las numerosas formas de pobreza y

situaciones de miseria. Anima la firmeza en la fe, la perseverancia en el servicio y la constancia en la oración.

Oh María, Consuelo de los afligidos, abraza a todos tus hijos atribulados, haz que Dios nos libere con su mano poderosa de esta terrible epidemia y que la vida pueda reanudar su curso normal con serenidad.

Nos encomendamos a Ti, que brillas en nuestro camino como signo de salvación y de esperanza. ¡Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen María! Amén.

OTRAS ORACIONES MARIANAS

Te ofrecemos a continuación las oraciones clásicas que la Iglesia dirige a María. Ellas pueden ayudarte también en cualquier momento del día a encontrar en ella a esa Madre que intercede por tus necesidades, bajo cuyo amparo nos acogemos.

Avemaría

Dios te salve, María,
llena eres de gracia.
El Señor es contigo.

Bendita tú eres
entre todas las mujeres,
y bendito es el fruto
de tu vientre, Jesús.

Santa María, Madre de Dios,
ruega por nosotros, pecadores,
ahora y en la hora de nuestra muerte.

Amén.

Salve

Dios te salve, Reina
y Madre de Misericordia, vida, dulzura
y esperanza nuestra. Dios te salve.

A ti llamamos
los desterrados hijos de Eva;
a ti suspiramos, gimiendo y llorando
en este valle de lágrimas.

Ea, pues, Señora, abogada nuestra,
vuelve a nosotros
esos tus ojos misericordiosos,
y después de este destierro,
muéstranos a Jesús,
fruto bendito de tu vientre.
¡Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce
Virgen María!

Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios,
para que seamos dignos de alcanzar
las promesas de Nuestro Señor Jesucristo.
Amén.

Ángelus

El ángel del Señor anunció a María.
Y concibió por obra del Espíritu Santo.

Dios te salve, María...

He aquí la esclava del Señor.
Hágase en mí según tu Palabra.

Dios te salve, María...

Y el Hijo de Dios se hizo hombre.
Y habitó entre nosotros.

Dios te salve, María...

Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios,
para que seamos dignos de alcanzar
las promesas de Nuestro Señor Jesucristo.

Regina coeli (en tiempo de Pascua)

Reina del cielo, alégrate; aleluya.

*Porque el Señor
a quien has merecido llevar; aleluya.*

Ha resucitado según su palabra; aleluya.

Ruega al Señor por nosotros; aleluya.

Gózate y alégrate, Virgen María; aleluya.

*Porque verdaderamente
ha resucitado el Señor; aleluya.*

Oh Dios que,
por la resurrección de tu Hijo,
Nuestro Señor Jesucristo,
has llenado el mundo de alegría,
concédenos,
por intercesión de su Madre,
la Virgen María,
llegar a alcanzar los gozos eternos.

Magnificat

Proclama mi alma
la grandeza del Señor,
se alegra mi Espíritu
en Dios, mi Salvador;
porque ha mirado
la humillación de su esclava.

Desde ahora me felicitarán
todas las generaciones,
porque el Poderoso
ha hecho obras grandes por mí:
su nombre es santo,
y su misericordia llega
a sus fieles de generación
en generación.

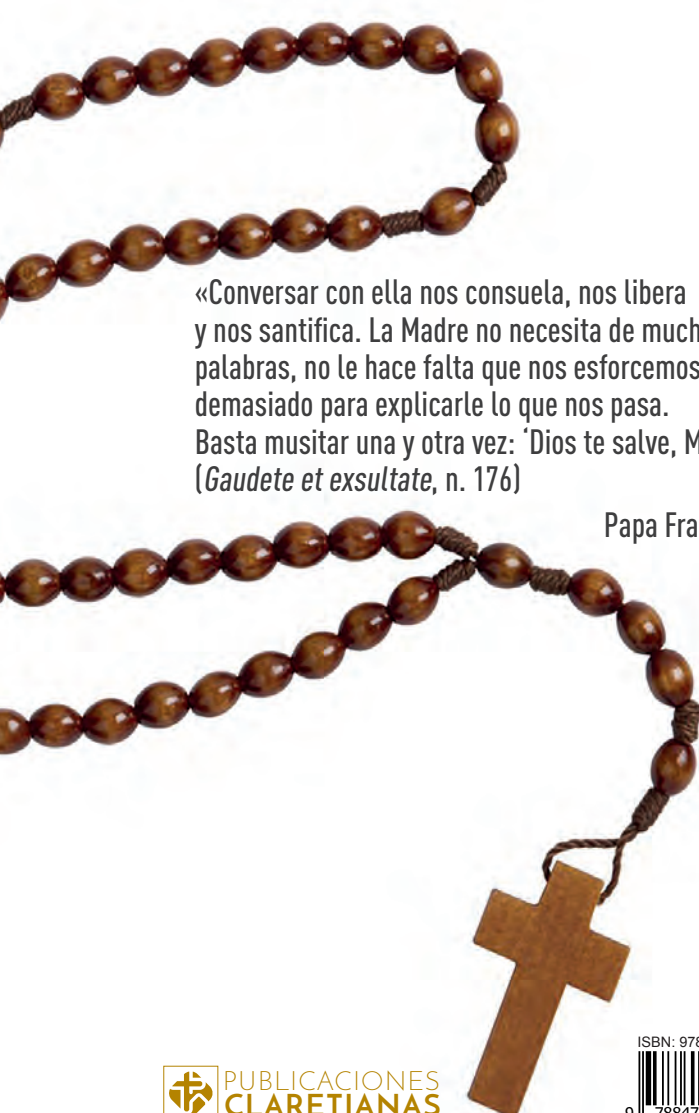
Él hace proezas con su brazo:
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos
y enaltece a los humildes,

a los hambrientos
los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos.

Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose de la misericordia,
como lo había prometido
a nuestros padres
en favor de Abraham
y su descendencia por siempre.

Bajo tu amparo

Bajo tu amparo nos acogemos,
Santa Madre de Dios.
No deseches las súplicas
que te dirigimos
en nuestras necesidades,
antes bien, líbranos siempre de todo peligro.
¡Oh Virgen, gloriosa y bendita!



«Conversar con ella nos consuela, nos libera
y nos santifica. La Madre no necesita de muchas
palabras, no le hace falta que nos esforcemos
demasiado para explicarle lo que nos pasa.
Basta musitar una y otra vez: 'Dios te salve, María'»
(*Gaudete et exsultate*, n. 176)

Papa Francisco



PUBLICACIONES
CLARETIANAS

ISBN: 978-84-7966-719-1



9 788479 667191